

Las exigencias del Programa no habiendo permitido la lectura del discurso del Sr. Roman Carrillo, en el acto de la Recepción oficial de su Señoría Hma. gustosos damos cabida a este brote de cariño y filial respeto: que dice así:

Digno Ministro de Dios,

Permitid que os llame la atención el mas humilde de vuestros feligreses.

Con la regia oración que la ciudad de Villavicencio os presenta a penas exterioriza en parte el tributo de veneración que os mereceis.

El rico, el pobre, el opulento, el desvalido, el aristócrata, el plebeyo, el sabio y el analfabeta; todos concurrimos disputándonos el alto honor de ser partícipes de esta fiesta profano-religiosa. Todos nos hemos dado cita para demostrar de cuanto es capaz la unción sacerdotal que os adorna y los dotes evangélicos que os predestinan para mas alta misión, para conquistar puesto de Relación entre los escogidos de María y del unigénito de Dios.

A la ciudad Bíblica ponéis el Salvador de la Humanidad triunfalmente sobre palmas de olivo. aquí recorreis un camino adornado con arcos, que tambien significan, simbolizan triunfo. La primera ovación la merecis el padre de la humanidad y a esta os hacen vuestros méritos en nombre de ese mismo Padre leal acreedor.

Evidentemente los pueblos se congregan para festejar los grandes acontecimientos, por eso el pueblo creyente de Villavicencio en masa se prepara para recibir a su Director Espiritual y darle el saludo de bienvenida y para demostrarle con hechos la adhesión que le profesa y el culto que le rinde por el grado de civilización evangélica a que hemos alcanzado con el ejemplo recibido y dado por S. Señoría y por sus Ministros subalternos.

A Antonio de Padua el ilustre hijo de Portugal, desde en vida se le apellidó Santo. Al hijo de Grecia, si mal no recuerdo, a San Juan Crisóstomo se le conoce con el epíteto de Boca de oro; en ambos se les llama taumaturgos y milagros de la ciencia por su erudición y elocuencia y vuestro nombre pasará a la historia con este Varon abnegado y justo.

Villavicencio Diciembre 22 de 1915

Roman Carrillo.

EL DIARIO DE ORIENTE
Señor Don